EL ERROR

El Ciudadano. Semanario de intereses generales,
20 de agosto de 1920, vol. III número 16, pág. 30[7].

Pablo posó sus glotones ojos sobre el brillante cortejo en desfile ante la línea en recepción. Un no sabía qué presentimiento encantador le decía que de la luminosidad aquella de bellezas, venidas de todos los lados de la ciudad, surgiría triunfadora entre tantas, la que se encargaría de realizar sus ambiciones. Su gentil princesa de la leyenda cargada de joyeles y de hermosura sólo podía tener por marco aquella fiesta del Gobernador General a la que llegaban en aquellos momentos la vanguardia de las elegantes. Era la gloriosa epifanía de una noche gloriosa de mujeres y de risas.

Un amigo, entre confidente y bromeador, le cogió del brazo diciendo:

—¿Tan admirador como siempre de bellezas?

Ante la vulgar pregunta, Pablo se sonrió despectivo.

—¿De bellezas? Vaya uno a fiarse de esas bellezas de noche, verdaderas obras de arte, afeites y polvo, que no resisten la prueba de los días claros…

La contestación preñada de pesimismo arrancó una sonrisa de otro amigo que terció en la conversación con tono malicioso:

—Tienes razón, Pablo; pero hay que admitir sin embargo que aún en días claros, son gloriosas esas bellezas si van envueltas en la magnificencia mágica de joyas y brillantes que a todo resiste…

La observación hizo efecto en Pablo que se sintió enrojecer bajo la impresión de una ambición sorprendida. Nacido en la indigencia, ganando apenas lo suficiente para vivir al día, convencido sin embargo de que en su mente algo había que le podía hacer triunfar en la vida si

[7] Transcrito del original del semanario que se encuentra en la sección de Filipiniana, de manuscritos y libros raros, Biblioteca Nacional de Filipinas.

podía contar con el vehículo que conduce a las alturas, el dinero, había acariciado en sus noches de ensueño, la esperanza de unir su suerte a una mujer de oro, no por el corazón ni por la inteligencia, sino por su bolsillo. Lo que como mera ambición consideraba justo, parecíale ahora vergonzoso, por milagro de una frase dicha sin intención, en medio de una fiesta de luz.

El desfile continuó triunfador, deslumbrante. No parecía sino que todo lo bello, lo magnifico quería sentar sus reales en la fiesta aquella.

Pablo se rebeló contra la impresión de vergüenza. ¿No tenía su objetivo? ¿No quería servirse del dinero para un fin grande? ¿No era lo que hacían muchos, lo que hicieron la mayor parte de los que pobres un día, desconocidos e indiferentes, supieron encumbrarse después en hombros del poder, creado por el dinero de la mujer adinerada, hermosa o fea que escogieron por compañera? Se irguió retador y contestó a la observación del amigo con tono mordaz:

—La luz del sol se hizo para iluminar la claridad del dinero.

II

Bailaron, amigos por secretas simpatías, desde el momento de la presentación de formulismo. Toda bella ella, más bella aun por el traje magnífico que llevaba, por el collar de perlas que enjoyaba su garganta, por las piedras luminosas que enjoyaban su pecho, sus dedos, sus brazos…

Pablo creyó encontrar a la que buscaba y aún sin conocerla y sin conocerse, hizo las primeras insinuaciones:

—Magnifico es bailar, pero es más magnífico todavía cuando se baila con una mujer divinamente encantadora como usted…

Ella hizo un mohín de deliciosa coquetería:

—¿Es usted poeta, Pablo?

—¡Poeta! Todo el mundo lo es cuando se tiene a la poesía a su lado…

La orquesta rimaba notas y los labios de Pablo acostumbrados a tejer lindezas de lenguaje, rimaron también a los oídos de la nueva amiga, las frases más encantadoras y más felices…

III

Después del baile, vinieron las visitas, los paseos, los encuentros casuales. Pablo siempre la encontraba elegante, con trajes siempre nuevos, con adornos cambiados cada día. El curso de los amores fue rápido, tan rápido que a los dos meses formulaba Pablo la pregunta definitiva:

—¿Quieres casarte conmigo?

Hecha la pregunta, un ligero escalofrío como de algo que no tenía remedio, recorrió sus venas. Un presentimiento —de aquellos que nunca le engañaban le decía que acababa de dar un paso del que dependía su futuro—. ¿Era la felicidad que venía? ¿Era el dolor negro que hincaba sus zarpas? Tuvo miedo de que fuera lo último. El amor no había penetrado en su corazón, pues toda su admiración, tejida con frases aprendidas en novelas por entregas, había sólo sido inspirada por el cálculo, la ambición aquella de escalar las alturas en hombros de la mujer adinerada que creía encontrar en la mujer aquella, conocida en una noche de baile, envuelta en la magnificencia de las joyas.

Ella, coqueta y felina, se sonrió elocuente, dejando adivinar entre sus labios su contestación favorable.

—¿De veras? —susurró Pablo…

—¡De veras! —afirmó ella…

IV

Fue la tragedia de todos los días. Las joyas que la hicieron magnífica en una noche de baile, fueron a ocultarse, realizada la boda, en la caja de caudales de una tía rica a quien pertenecían.

La entrega se hizo una tarde melancólica y gris, bajo el influjo de una espesa llovizna.

—Mira, Pablo —le había dicho ella— la tía es muy buena, tan buena que me hizo bella con las joyas que me dejó de soltera; pero hoy, casada contigo y convencida de que las joyas no me hacen más hermosa a tus ojos, las quiero devolver a ella…

Las palabras cayeron como un rayo que desmoronara sus castillos fabricados en el aire. Pero no era todo.

—¿Verdad que es buena mi tía? —continuó su mujer—. Mira, si será buena que hasta mi calzado y todo, me compraba todo lo que quería…

Pablo hizo un doloroso recuento de los días de admiración. Ella, entonces su novia, se le aparecía cada día con nuevos adornos, con trajes nuevos cada día, que él creía producto de unas rentas propias.

—Yo la quería también mucho, mucho… Pero mi amor será de hoy en adelante todo para ti sólo, pues tú solo me comprarás, amante y bueno, esas joyas y vestidos y trajes y adornos que echaré de menos… ¿Verdad que me los comprarás, Pablito?

Y para hacer más efectiva la petición aquella, cogió a su marido entre sus brazos, le besó en los ojos, en los cabellos, en su cuerpo todo.

Pablo se zafó de aquellos abrazos y con tono de dureza —principio de una vida de contradicciones y martirios en el seno del hogar-, contestó indignado:

—¿Comprarte joyas y vestidos y adornos?... ¡Nunca!

—¿Nunca? —repitió ella incrédula—. ¿Nunca?

—Nunca, porque bastante mal has hecho engañándome con tus apariencias vanas…

La mujer palideció de ira. Abrió sus ojos encendidos en indignación y quiso despegar los labios para contestar furiosa. Pero no lo hizo. Se levantó callada y se marchó retadora, no sin antes arrojar a la faz del marido el filo agudo de una sangrienta frase…

—¡Cazador de fortunas!

Con aquel último golpe que deshacía sus sueños de gloria, Pablo vio con los ojos de su imaginación una noche de fiesta, en la que posó sus ojos glotones sobre un glorioso desfile de mujeres envueltas en la magnificencia de sus joyas…

—Verdaderas obras de arte, polvo y afeites, que no resisten los días claros, ni con joyas que no son suyas.

Murmuró en el dolor de su fracaso…